

sacrificaron su sosiego, su salud y su misma vida por la salvacion de las almas. Basta solo un Regis para que comprendas lo mucho que puede una ardiente caridad, junta con un ayuno riguroso y continuo, en un país verdaderamente horrible, en el rigor de la estacion mas cruel, con trabajos y con fatigas que apenas caben en la imaginacion. Todo su fin era instruir á los pobres y santificarlos; á esto se reducía todo el motivo de su zelo. No le movía, no, ni el esplendor de las funciones en que ejercitaba su ministerio, ni la brillantez ó el estruendo de las personas en quienes lograba tan portentosas conversiones. Unas humildes chozas, escondidas entre las profundas simas, ó entre las espantosas quebradas de las mas ásperas montañas, y habitadas de unos miserables paisanos, eran todo el teatro de su inflamada caridad, pero de una caridad verdaderamente sobrenatural; porque ningun otro fuego que el del divino amor podia encender aquel heroico zelo, ni abrasar aquel noble corazon. Cotejemos aquella caridad con la nuestra; y si este ha de ser el distintivo que nos dé á conocer por verdaderos cristianos, consideremos si en virtud de él podremos esperar que Jesucristo nos reconozca por sus discípulos verdaderos.

Alcanzadme, ó bienaventurado Regis, aquella caridad, aquel amor á mi prójimo que poseísteis vos en grado tan eminente. Ni vuestra intercesion, ni el crédito que lograis para con Dios se limitan á las necesidades corporales; sin comparacion os mueven mucho mas las espirituales. Conseguidme, pues, del Señor una caridad perfecta, en virtud de la cual ame á mi Dios sobre todas las cosas, y al prójimo por el amor de mi Dios.

JACULATORIAS. — Dichoso aquel que atiende á las necesidades del menesteroso y del afligido; cuando él mismo se vea en afliccion logrará el consuelo y la asistencia del Señor. (*Ps. 40.*)

Señor, abrasad mis entrañas y mi corazon con el fuego de vuestro amor. (*Psalm. 25.*)

### PROPOSITOS.

1 Es señal de un buen corazon tener compasion de los afligidos. El que se muestra duro en los trabajos de otro, es poco agradecido á los beneficios de Dios. No es tierno con Dios el que no lo es con el prójimo. Conviene, pues, que la caridad sea tu amada virtud. Préciate de tener un corazon tierno y compasivo, singularmente con los pobres; pero ten presente que la verdadera compasion, primer fruto de la caridad, no consiste

en ternuras esterores, ni en lágrimas estériles; pide necesariamente socorros efectivos. Cuando la limosna acompaña á la compasion, la compasion es aun mas apreciable que la misma limosna. Junta siempre que puedas estos dos frutos de la caridad. Ama á los pobres; hónralos como á porcion escogida del rebaño de Jesucristo, y no malogres ocasion alguna de socorrerlos.

2 Para aliviarlos hay diferentes medios. No solo se les puede socorrer con la limosna, sino con el consejo, con los buenos oficios, y con la doctrina saludable. A un pobre encarcelado, á un enfermo, al que su pobreza y su honra le tienen encerrado entre cuatro paredes, le consuela mucho una visita; todas estas obras de misericordia son otras tantas limosnas. Llevará Dios la cuenta de ellas, y en el gran dia del juicio estos serán los títulos y los méritos que tendrá presentes para premiar á los escogidos.

### DIA XXV.

#### MARTIROLOGIO.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN GREGORIO VII, papa, en Salerno, acérrimo propugnador y defensor de la libertad eclesiástica. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA MARÍA MAGDALENA, virgen, del orden de Carmelitas, en Florencia; ilustre por su buena vida y santidad: su festividad se celebra el dia 27 de mayo. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRIUNFO DE SAN URBANO, papa y mártir, en Roma, en la via Nomentana, por cuya exhortacion y doctrina muchos, entre los cuales se cuentan Tiburcio y Valeriano, abrazaron la fe de Jesucristo, y por ella padecieron: él tambien habiendo sufrido muchos trabajos en la persecucion de Alejandro Severo, por defender la santa Iglesia, últimamente fué degollado, y así alcanzó la corona del martirio. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES PASICRATES, VALENCION, Y OTROS DOS, en Dorostoro, en la Misia, los cuales recibieron juntamente la corona.

SAN DIONISIO, obispo, en Milan, el cual por la fe católica fué desterrado á Capadocia por orden del emperador Constancio arriano, y entregó su alma al Criador, despues de haber merecido el título de mártir. Su sagrado cuerpo lo envió el obispo Aurelio á Milan á S. Ambrosio, obispo: á esta traslacion dicen que cooperó tambien S. Basilio el Magno.

SAN BONIFACIO IV, papa, en Roma, el cual dedicó el Panteon, á honra y con el título de Santa María de los Mártires.



EL TRIUNFO DE SAN CENOBIO, obispo de Florencia, en la misma ciudad, esclarecido en santidad de vida y en milagros.

SAN ALDELMO, obispo de Schirebourg en Inglaterra.

SAN LEÓN Ó LIE, confesor, en la diócesis de Troyes de Francia.

LA TRASLACION DE SAN FRANCISCO, confesor, en Asis en la Umbria, en tiempo del papa Gregorio IX.

LA TRASLACION DE SANTA MARÍA JACOBA, en Veroli en Campaña, cuyo sagrado cuerpo resplandece en milagros.

SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZIS, CARMELITA DE LA REGULAR OBSERVANCIA.

SANTA María Magdalena, de la ilustre casa de Pazzis en el ducado de Toscana, tan recomendable por su religiosa vida, como por su santidad, fué hija de Camilo de Geri de Pazzis, y de María Lorenza de Baudemont. Nació en Florencia el segundo día de abril del año 1566, y en el bautismo recibió el nombre de Catalina. Muy presto se conoció que Dios la habia prevenido con su particular bendición desde la cuna. Fué niña, pero nunca lo pareció; anticipóse la razon á la edad; y la gracia, por decirlo así, se anticipó á la razon. Exenta de las ordinarias inclinaciones de los niños, para ella no habia otro entretenimiento que la oracion. Si la querian divertir, era menester llevarla á la iglesia, ó leerla la vida de algun santo. Cansaba á su aya tanta devocion; pero al mismo tiempo la admiraba como á todos sus parientes.

Debió al cielo un natural apacible, un genio dócil, pero acompañado de una seriedad, y de una reserva tan grata y tan atractiva, que sin libertad la amaban y la veneraban cuantos la conocian. Parecia haber nacido con un ardiente amor á Jesucristo, y con una ternura singular á la santísima Virgen, segun se hacia sensible á todos la devocion que profesaba al Hijo y á la Madre. Favorecióla Dios con el don de oracion antes de saber leer, ni tener edad para aprenderlo. Pasaba en ella horas enteras, y preguntada, qué hacia en el oratorio, respondia: *Pido á mi buen Dios que me enseñe lo que debo hacer para agradarle.*

Entre los siete y ocho años de su edad la comenzó á confesar el padre Rosi, de la Compañía de Jesus, que fué despues de toda su confianza, y desde entonces la encontró ya diestra en el ejercicio de la oracion. En este comercio espiritual que tenía con su Dios, aprendió sin duda las pequeñas industrias de que se valia para mortificarse, tan imperceptibles, que se esca-



STA. MARIA MAGDALENA  
DE PAZZIS.



paban á toda la advertencia de su aya. De la sobriedad que comenzó á practicar pasó muy presto á la abstinencia, y era menester mucha observacion para notar que ayunaba, y para interrumpirla los ayunos. Ni su madre, ni su director, tenian otra cosa que hacer en su gobierno sino moderar sus penitencias.

Nada afligia tanto á la santa niña como no verse admitida á la sagrada mesa de Jesucristo, á título de su corta edad, sin poder disimular la santa envidia con que miraba á las otras, que por sus años gozaban este privilegio. Atendiendo el confesor á sus ansias, á su virtud y á su razon despejada, se determinó finalmente á consolarla, y á los diez años la permitió la sagrada comunión. Conseguida esta gracia, juzgó no habia en el mundo dicha comparable con la suya, y no sabiendo cómo agradecerla, resolvió consagrar á Dios su virginidad, como lo hizo con voto, y desde entonces se consideró como casta esposa suya.

Esta nueva prerogativa la inspiró nuevos deseos de padecer, para hacerse mas agradable á su divino Esposo. Desde los doce años de su edad comenzó á dormir sobre la desnuda tierra, y macerar su delicado cuerpo con todo género de penitencias. La vista de Cristo crucificado la escitaba cada dia alguna nueva invencion para mortificarse. Además del cilicio que continuamente traia, hizo una corona de espinas muy puntiagudas, que apretó fuertemente á la cabeza, y pasó toda una noche en este cruel tormento. Era muy ingenioso el amor de Dios en esta tierna doncellita para inventar industrias con que mortificar sus sentidos, encontrando materia de algun sacrificio en todo cuanto ocurría.

Por este tiempo el gran duque de Toscana hizo gobernador de la ciudad de Cortona á Camilo, padre de la santa niña, con cuya ocasion, por consejo del padre Blanca, rector del colegio de Florencia, pidió y obtuvo el consentimiento de sus padres para quedarse por educanda en el monasterio de S. Juan Bautista de la misma ciudad. Creció el fervor con el retiro, y llamaba al convento su paraiso terrenal por la comodidad que tenia de adorar cada hora á su celestial Esposo en el sacramento del altar. Por su gusto pasaria todas las noches en el ecro, de donde nunca la retiraban sin hacerla mucha violencia, porque tenia todas sus delicias en hacer continua corte á Jesucristo. Por eso cuando la buscaban, ya se sabia que la habian de encontrar en la iglesia. Pero habiendo vuelto sus padres á Florencia, se vió precisada á dejar aquella dulce habitacion. Costó muchas lágrimas la separacion, tanto á las religiosas, como á la niña; pero nada la afligió mas que la resolucion que toma-



ron sus padres de casarla. Aunque tenia solos quince años era ya muy pretendida, aun mucho mas por su virtud, que por sus grandes bienes, por su nobleza y por su hermosura. Pero quedaron iguales todos los pretendientes, porque declaró á sus padres el voto que tenia hecho de ser religiosa, y de no admitir otro esposo que Jesucristo. Como aquellos eran muy virtuosos, y su vocacion tenia tantas pruebas de legitima, no ocurrió embarazo que la detuviese. Dejóse á su arbitrio la eleccion del convento, y prefirió el de las carmelitas á todos los demás, precisamente porque comulgaban todos los dias. Entró, pues, en el convento de santa Maria de los Angeles, el año de 1582, casi á los diez y seis años y medio de su edad; y pasadas las primeras pruebas, cuando se juzgaba ya en visperas de tomar el hábito, fué llevada otra vez á casa de sus padres, donde padeció por tres años grandes y terribles combates; pero saliendo victoriosa de todos ellos, la restituyeron al convento. Luego que se vió en él, olvidó enteramente todo lo que oía á carne y sangre, dejando hasta el propio nombre de Catalina, que trocó en el de Magdalena; y resuelta á no dejarse ver de persona alguna de fuera, hizo del claustro su sepulcro, enterrándose en vida dentro de él.

Al despojo universal de todos los bienes exteriores acompañó el sacrificio de su propia voluntad. Sin embargo de estar tan loablemente acostumbrada en el siglo á tanta oracion, y á tan rigurosas penitencias, luego que se vió novicia no deliberó un punto en conformarse en todo con la vida comun. Sujetóse rendidamente á todas las menudencias de la regla, olvidando por ella sus devociones particulares, y huyendo cuidadosamente de toda singularidad. Ninguna novicia comenzó la vida religiosa con mayor fervor, y ninguna en breve tiempo hizo mayores progresos en ella. En menos de seis meses era ya una religiosa perfecta por su devocion, por su íntima union con Dios, por su puntualidad y por su mortificacion. Desmayaba el fervor de las mas ancianas á vista de su virtud. Era novicia Magdalena, y á todas la proponian por modelo para la imitacion. Suspiraba cada instante por el dichoso dia en que habia de consumir el sacrificio; pero se dilató la ceremonia por una grave enfermedad, que la puso á las puertas de la muerte. Profesó, en fin, el dia 27 de mayo, fiesta de la santísima Trinidad, y profesó con tanta devocion, tan abrasada del divino amor, que por muchas horas estuvo arrebatada en éstasis. Éste fué el preludio de aquellas gracias tan extraordinarias, de aquellos raptos tan frecuentes con que Dios la favoreció. Los

dos años inmediatos á su profesion se pasaban pocos dias sin estar arrebatada por cuatro y por seis horas en dulces amorosos éstasis, el cuerpo inmóvil, los ojos levantados al cielo, ó clavados fijamente en la imágen de un Crucifijo, el rostro inflamado en el fuego del divino amor, tan apacible y tan risueño, que mostraba bien los deliciosos consuelos en que se inundaba su alma. En esta postura se la oía esclamar frecuentemente: *¡O amor, ó divino amor! ¿será posible que las criaturas te conozcan, y no te amen?* Las continuas lágrimas que vertian sus ojos en estas ocasiones, eran indicios de que su corazón ardia en aquel divino fuego, que vino el Salvador á encender en el mundo, con deseo de abrasarle en él. Muchas veces salia fuera de sí corriendo por los tránsitos del convento; y por las calles de la huerta, y tomando sus voces á la esposa de los Cantares, decia toda arrebatada: *Buscando voy al que ama mi corazón. ¿Habeis visto al amado de mi alma? No dejaré de buscarle hasta que le encuentre.* Y otras esclamaba: *Yo vivo; pero ya no vivo yo; Jesucristo vive en mí.* Con dificultad se habrán visto efectos mas sensibles del amor de Dios, que los que se palpaban en aquella alma feliz, siendo preciso muchas veces obligarla á que tuviese metidas las manos en el hielo para templar sus ardores.

Parece que el Señor tenia sus delicias en instruir la por sí mismo durante aquellas íntimas comunicaciones. Al volver un dia de un éstasis muy dilatado la ordenaron el confesor y la prelada que dijese lo que Dios la habia dado á entender en aquel raptó, y que declarase lo que la habia enseñado. «Enseñóme, dijo, mi divino Maestro á que guardase con un sumo cuidado, y con una extrema vigilancia, la pureza del corazón y la santa simplicidad. Infundióme tan elevado concepto de la virginidad, que no acierto á esplicarlo con palabras. Ordenóme que hiciese cada obra particular como si fuese la última de mi vida; que nunca indagase lo que hacian las demás, ocupándome única y totalmente en lo que me tocaba á mí; que mantuviese siempre un mismo humor inalterable; un grande agrado con toda suerte de personas, y que jamás se me escapase palabra alguna que oliese á lisonja ni á vanidad; que procurase ardentemente servir á mis hermanas, considerándome como si fuese criada de todas; que hiciese infinito aprecio hasta de las reglas mas menudas, persuadida á que todas eran de suma importancia, y á que en la exacta observancia de todas ellas consistia la perfeccion religiosa; que jamás hablase de los favores que me hacia, ni de las cosas de mi interior, sino con las personas que tenian á su cargo mi gobierno; que nunca perdiese de vista la pasion de Je-



sucristo; y en fin, que tuviese una insaciable hambre de la divina Eucaristia, llegándome cada dia con nuevo fervor á la sagrada mesa, y visitando todos los dias treinta y tres veces el santísimo Sacramento, menos que me lo impidiese la obligacion de la obediencia.»

Dijo un dia á la prelada como la ordenaba el Señor, que en adelante solo se mantuviese con pan y agua; desaprobó la superiora esta singularidad, y la ordenó que comiese lo que comian las demás; pero desde entonces no la fué posible pasar ni un solo bocado de otra vianda, y en lo restante de su vida solo se sustentó con lo que Dios la habia ordenado. Consiguió licencia para andar con los pies descalzos, y nunca se dispensó en esta penitencia, por riguroso que fuese el invierno. A pesar de la delicadeza de su cuerpo, consumido con casi continuas enfermedades, dormía constantemente en la dura tierra, sin desnudarse jamás un áspero cilicio, y una cadenilla que traía á raiz de sus inocentes carnes.

Pero no fueron estas mortificaciones las que mas la dieron que padecer. Quería el Señor purificar todavía aquella alma en el fuego de la tribulacion, y aumentar por este camino muchos grados á sus merecimientos. Entregada por espacio de cinco años á las mas violentas tentaciones, y á las mas terribles pruebas, parecia haberla dejado su Esposo enteramente á merced del furor de los demonios. Cesaron de repente los continuos favores con que el Señor la regalaba, tan olvidada al parecer de ellos, como si jamás los hubiera recibido; hallóse su espíritu poseido de una desolacion, de una aridez, de una sequedad extrema; una violencia, un total disgusto á todos los ejercicios de devocion; un tedio insoportable á la oracion; un levantamiento general de todas las pasiones, con una bateria de ciertas tentaciones, las mas desconocidas á la castísima vírgen, y las que mas la afligian y humillaban; una especie de horror involuntario á la vocacion, y un torbellino de pensamientos terribles, de imaginations congojosas, todo con tentaciones de blasfemia y de desesperacion, con dolores universales y agudísimos en todo el cuerpo; fantasmas horribles que no la permitian un instante de reposo, ni de dia ni de noche, sin intermision y sin consuelo. Desolada, despreciada, abandonada; con razon se puede dudar si era posible martirio mas cruel. Sosteniala verdaderamente la gracia; pero en tan doloroso estado apenas la sentia. Con todo eso en nada se desmintió á sí misma la fidelísima Magdalena; despues de su continuo recurso á Dios, todo su consuelo era la proteccion de la santísima Virgen. Vióselas muchas veces, durante aquellos

escesos de desolacion y desamparo, correr apresurada á los oratorios y capillas reservadas del convento, y deshaciéndose en lágrimas, abrazarse estrechamente con alguna imágen ó estatua de esta Señora. Pero la prueba mayor de la magnanimidad de aquella alma fué el oírle esclamar en medio de sus trabajos: «Señor, aunque me sería tan dulce la muerte para librarme de tantos tormentos, no, mi Dios, no me dejes tan presto morir, para que se me dilate el padecer: *Non mori, sed pati.*»

Cuanto mas crecian sus penas, su sequedad y sus congojas, mas puntual y mas exacta era en todos los ejercicios espirituales. Habia pedido y habia conseguido licencia para hacer los mas bajos oficios de la casa, y todos los hacia con la mayor exactitud. Ni de dia ni de noche se apartaba, en cuanto podia, de la cabecera de las enfermas, sirviéndolas en las cosas de mayor abatimiento, y tenia particular gusto en ayudar á las hermanas legas en todas las ocupaciones correspondientes á su humilde estado. Honraba y veneraba tanto á todas las monjas, que muchas veces se postraba, y besaba devotamente el suelo donde ellas habian puesto los pies. Parece que no podia ascender á mas la caridad, la mortificacion y la humildad de nuestra Santa, por lo que quizá tampoco habrá dispensado el Señor á otra alma mas regalos, ni mas insignes favores.

Sucedió la calma á la tempestad, y la hermosa alegre luz á las tristísimas tinieblas. Apareciósele el Señor, acompañando su presencia sensible con tan celestiales consuelos, que en un instante la hicieron olvidar todos los tormentos pasados. Desde allí adelante todos fueron éstasis, todos escesos de amor, abrasada continuamente de ellos en un modo muy sensible. Su grande máxima era esta: *Amar á Dios, y aborrecerse á sí misma*; y añadía: *En esto consiste la perfeccion*. No obstante el ardiente deseo que tenia de hacer grandes cosas por su Dios, el Señor la ordenó que en lo sucesivo huyese de toda singularidad, y se redujese en todo á la vida comun. Hízolo; pero al mismo tiempo elevaba las obras mas ordinarias, haciéndolas por motivos tan puros y tan perfectos, que cada instante crecia en gracia y en merecimiento. Esclamaba frecuentemente en la oracion y en sus ordinarios éstasis (*Rom. 8.*): *¿Quién me separará del amor de Jesucristo? ¿la tribulacion, la tentacion, las angustias? Todas las cosas del mundo me parecen estiércol por ganar á Jesucristo. El Señor me enseña con sus lecciones, y vela en mi conversion (Philip.), ¿quién me podrá hacer daño?* Arrebatada un dia de estos estáticos escesos, corrió acelerada á un altar de la santísima Virgen, inflamado el rostro en aquel celestial fuego que



abrasaba su corazón; y postrada en tierra hizo esta tierna oración: «Purísima Virgen, Madre de Dios, yo me ofrezco y me sacrifico toda á vos para siempre, y sin reserva; desde este punto en adelante vos sereis mi madre. Despues de Dios en vos pongo toda mi confianza; dignaos mirarme como á la menor de vuestras hijas, no por eso dejaré de ser la menor de vuestras humildes siervas. Jesus, María; este es todo mi tesoro y todo mi consuelo.»

Ninguna alma religiosa tuvo mayor ni mas justo concepto de la felicidad de su religioso estado; besaba muchas veces al dia las paredes del convento; y decia: Que si se conocieran bien la dulzura, la felicidad, y las conveniencias de la religion, se despoblaria el siglo. Comiala ó la devoraba el zelo de la salvacion de las almas; todos los dias hacia oracion, y varias penitencias por la conversion de los pecadores; pero la cuaresma con especialidad era para ella el tiempo de las lágrimas y del martirio.

Aunque tan jóven, y siempre muy enferma, la encomendaron los principales oficios de la casa; fué directora de las jóvenes, por mucho tiempo maestra de novicias, y al cabo superiora de la comunidad, por eleccion de toda ella. No se puede dignamente admirar la vigilancia, la exactitud, la discrecion, la suavidad y la caridad con que desempeñaba las obligaciones de tan diferentes empleos; haciendo conocer á todos, que reina muy presto en una comunidad religiosa el fervor y la observancia, cuando los que la gobiernan mandan mas con el ejemplo, que con las palabras. En siendo los superiores santos, todo va bien en los conventos.

Favoreció el Señor á su sierva con los dones mas singulares; tuvo el de milagros y el de profecía. Luego que espiró en Roma S. Luis Gonzaga, de la Compañía de Jesus, vió Magdalena en un éstasis el sublime grado de gloria que gozaba en el cielo.

Mientras tanto iban creciendo cada dia sus dolores y sus enfermedades; sin que apenas se pudiese comprender como un cuerpo tan delicado podia resistir á tantos males. Aumentóse la violencia en la postrera enfermedad; padecia escesivos dolores en todo el cuerpo, sin que con ningun remedio pudiese recibir el menor alivio. *Espero morir en la cruz* (decia ella) *á ejemplo de mi divino Salvador. ¡Cierto que seria buena gracia el que bajase de ella!* decia á una monja que la consolaba. Solamente cuando recibia la divina Eucaristía se la aliviaban por algunos instantes sus vivos dolores; pero en medio de ellos nunca perdió su apacibilidad, su tranquilidad ni su paciencia. Consumida en fin aquella bienaventurada víctima, mas á violencia de los in-

condios del divino amor, que al rigor de la enfermedad, rindió el espíritu á su Criador, para recibir el gran premio que la estaba destinado, el dia 25 de mayo del año de 1607, á los cuarenta y uno de su edad, despues de haber vivido veinte y cinco en el monasterio.

Inmediatamente despues de su muerte dió el cielo grandes pruebas de la gloria que gozaba, no solo por los muchos milagros que obró y está obrando el dia de hoy en su sepulcro, sino por la incorruptibilidad del santo cuerpo, que pasó á ser objeto de la pública veneracion, desde que Urbano VIII la beatificó el año de 1626; y Alejandro VII la puso solemnemente en el catálogo de los santos en el de 1669 con las ceremonias acostumbradas.

#### SAN GENADIO, OBISPO DE ASTORGA.

SAN Genadio, abad del monasterio de S. Pedro de Montes, hacia fines del siglo IX sucedió á Ranulfo en el gobierno de la Iglesia de Astorga. Desde muy niño fué inclinado este siervo de Dios á la vida solitaria. Para cumplir con esta vocacion del cielo dejó la casa de sus padres, y los bienes que tenia, y las esperanzas todas del mundo, y se retiró al monasterio Argeo ó Ageo, situado verosimilmente en aquella diócesi, aunque no se sabe en qué paraje de ella. Era entonces abad de esta casa un venerable anciano llamado Arandiselo, de cuyo ejemplo y doctrina se aprovechó Genadio en gran manera. Pero como este monasterio estaba á lo que aparece en poblado, y nuestro Santo huía hasta del eco del mundo, habiendo comunicado con el abad el deseo que le inspiraba Dios de retirarse á lugar mas solo, con su aprobacion, acompañado de otros doce, se fué á los montes del Bierzo al sitio donde S. Fructuoso fundó el monasterio que san Valerio su abad llamó *Rufianense* ó sea *Rupianense*, y ahora se conoce por el título de S. Pedro de Montes. Hallábase abandonado este monasterio desde la invasion de los árabes, caidas sus bóvedas, sus paredes unas aporilladas, otras casi arruinadas de todo punto; algunos ni noticia tenian de que en España hubiese habido tal casa. Así borra el tiempo la memoria de cosas muy esclarecidas. Genadio por amor á los Santos que habian allí florecido, y porque no quedase desaprovechado un sitio tan propio para quien huye del tráfico y bullicio del mundo, determinó reparar ó levantar casi de nuevo aquella casa, y cultivar los campos vecinos, y hacer plantíos de viñas y otros árboles para el mantenimiento de los monges. Era esto por los años 895. Ra-